ciendo condiciones que, si hubieran llegado antes, podían haber sido aceptadas; pero ya era demasiado tarde, porque nadie quería fiarse de él. Las Cámaras no hicieron caso de su carta, y Cromwell y otros oficiales, muy recelosos de su propósito de escapar, comenzaron á ejercer la mayor vigilancia para descubrir indicios de algún tratado definitivo con los escoceses. No se tardó en obtener una prueba; pero no sabemos como llegó á conocimiento de Cromwell. Tenemos la bien conocida historia de la carta interceptada en Blue Boar, en Holborn, carta de Carlos á la reina, en la que decía que ambas facciones le solicitaban, los presbiterianos escoceses y el ejército, y que optaría por el que le hiciese mejores proposiciones, pero que pensaba cerrar tratos con los escoceses. Merced á la noticia recibida de algunos espías, Cromwell interceptó otra carta de la reina á Carlos, en la que le comunicaba que los escoceses levantaban un ejército en su favor. Cromwell selló la carta después de leerla, y según se dice, la envió al rey como si hubiera seguido su curso ordinario; más tarde preguntó á Su Majestad si sabía algo de la formación de un ejército en Escocia, y el rey contestó negativamente.

Como quiera que fuere, lo cierto es que Cromwell reconoció que Carlos, mientras declaraba al Parlamento inglés que estaba del todo dispuesto á satisfacer sus condiciones á medias, prometía más aún á los escoceses. Desde aquel día Cromwell comprendió que no debía pensarse en más negociaciones con Carlos, y apenas se puede negar que su actitud era justificada. Cromwell no obró desde luego; pero los acontecimientos se acumulaban en el horizonte político, y esto podía llevarle muy lejos. No había luchado enérgicamente durante tantos meses á fin de obtener la paz, para ver ahora con calma, muy cerca de sí, el más terrible azote que podía empobrecer á la nación exhausta ya, la guerra civil. En su opinión, así como en la de otros muchos, todo hombre á quien se probara que había fomentado semejante calamidad sobre el pueblo de Inglaterra, era culpable de un crimen capital; y cuando este hombre era un rey y, diciéndose «padre de su patria,» acuchillaba á su país, cometía un asesinato y merecía la muerte.

CAPITULO XIX

La noticia de que un ejército de Escocia, al mando del duque de Hamilton, reconocido realista, debía invadir Inglaterra, y de que los hombres «malignos» del país se preparaban para hacer otra revolución, produjo en el ejército inglés una crisis más terrible que ninguna de las conocidas hasta entonces. A menos de que se pudieran zanjar las diferencias entre los agitadores y los principales jefes, uniéndose todos contra el enemigo común, todos debían quedar aniquilados muy pronto, porque estaban solos, sin amigos, sin víveres ni dinero.

La posición de Cromwell y de los otros jefes del ejército en la primavera de 1648 la pinta Carlyle en un párrafo muy sentido, con tal fuerza y claridad, que le reproducimos íntegro. Dice así:

«Los elementos de destrucción se hallaban en todas partes y debían vencer ó morir ignominiosamente. Un rey con quien no se podía tratar, custodiado en Carisbrooke, centro de todas las esperanzas de las facciones y también de las grandes intrigas, era uno de esos elementos; un considerable partido realista, sometido con dificultad y dispuesto á levantarse de nuevo en la hora menos pensada, era otro. Añádase á esto un gran partido presbiteriano á cuya cabeza estaba la ciudad de Londres, la que corría con los gastos de la causa, muy descontenta del curso que las cosas habían tomado y ansiando desesperadamente que se formaran nuevas combinaciones y que se entablara una nueva lucha..... Y por último, existía el partido republicano, siempre preparado para el motín, mientras la Cámara de los Comunes estaba dividida en multitud de fracciones, favorables unas á los partidos combatientes y esperando otras el curso de los sucesos. ¡Y entretanto, el ejército escocés en marcha hacia Londres!»

En semejante crisis, el ejército, y Cromwell como jefe del mismo, tan sólo vieron un camino. Era necesario que todos, agitadores, partidarios de una monarquía constitucional, republicanos, demócratas, sectarios y presbiterianos, se reunieran para pedir á Dios un guía, para emitir sinceramente sus opiniones, para hablar con claridad respecto á sus mutuos errores, y después procurar con humildad y de buena fe, como cristianos y hermanos de armas, hallar el medio de estrecharse las manos una vez más, para hacer frente al peligro, bien unidos todos y dispuestos á morir uno por otro en la causa común.

«El teniente general Cromwell – escribió un veterano algunos años después – aconsejó á todos muy severamente que consideraran sus actos como soldados y particularmente como cristianos, para ver si se habían hecho culpables de alguna iniquidad y cuál era, á fin de redimirla en cuanto fuera posible (1).»

Para nosotros, los hombres de este siglo, este detalle es muy grotesco, y para muchos puede ser una hipocresía; mas para aquellos que así obraron era una confesión á Dios, una penitencia por las faltas cometidas, y lo que es más importante, una resolución para conducirse mejor en lo futuro.

«Y por este paso el Señor nos guió, no solamente para ver nuestro pecado, sino para señalarnos la senda del deber: tan arraigado estaba esto en el corazón de todos, que apenas podían dirigirse una palabra sin llorar.»

«¡Noten bien esto los lectores modernos!, exclama Carlyle. ¡Cuántos habrá hoy que lloren por tal causa!»

Lo que harán es sonreirse ó encogerse de hombros con desdeñoso ademán, sin comprender nada. No les vituperaremos por esto; pero antes de reirse de aquellos hombres que lloraban, que lean la historia de la segunda guerra civil.

«Temblando y temerosos, nos refugiábamos en el Señor....., que cuando nos tuvo á sus pies..... dirigió nuestros pasos hasta que nos condujo á entendernos claramente, sin que ninguno disintiera, y á reconocer que con nuestras fuerzas debíamos salir á batirnos contra los poderosos enemigos que en aquel año nos salían al encuentro por todas partes, confiados en que en el nombre del Señor los aniquilaríamos. Y después de fijar seriamente nuestros pensamientos en el Todopoderoso, adoptamos todos unidos una resolución..... Era nuestro deber, si Dios nos permitía volver en paz, llamar á Carlos Estuardo, el hombre sanguinario, para que diera cuenta de la sangre derramada y del mal que había hecho contra la causa del Señor y el pueblo en esta pobre nación.»

La esperanza de Cromwell se realizó, pues el ejército volvió á quedar unido otra vez y dispuesto á batirse con el mejor espíritu á pesar de las más duras fatigas, de las privaciones y hasta de la muerte, con la esperanza de vencer á sus enemigos.

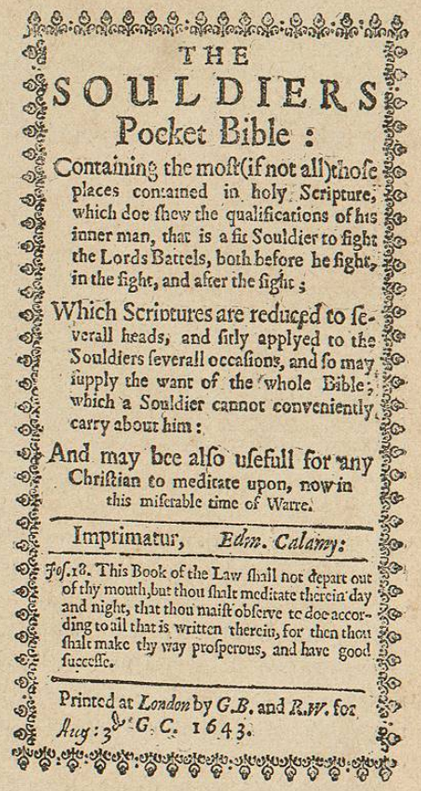
Bueno fué para la causa puritana que el ejército adoptara esta resolución. Los soldados estaban mal vestidos, aún se les debían las pagas atrasadas, y los enemigos les rodeaban por todas partes. Cuando las tropas marcharon hacia el Norte al mando de Cromwell, para sofocar el levantamiento que se había iniciado ya en Gales, dejaron á la ciudad de Londres muy inquieta. Aunque temporalmente pacificada con la oportuna moderación y diplomacia desplegadas por Fairfax y Cromwell, é incapaz de tomar su partido á favor de Carlos, la ciudad rehusó lisa y llanamente adelantar ni un cuarto para auxiliar á las tropas, que en realidad eran el único baluarte contra el hambre de Hamilton y el merodeo de los caballeros escoceses que ya se acercaban á la frontera.

El ejército debió dividirse: Kent se había levantado, y Essex y Fairfax marcharon allí, mientras Cromwell se dirigió á Gales para sitiar el castillo de Pembroke, centro de perturbaciones. La guerra no comenzó con buen éxito para el ejército: aunque Fairfax se apoderó muy pronto de Kent y puso sitio resueltamente á Colchester, Cromwell se vió rechazado delante de Pembroke, y pareció probable que los escoceses atravesarían la frontera antes de que aquél quedara libre para salirles al encuentro. Las únicas fuerzas que se hallaban disponibles en el Norte, además de las de Cromwell, se reducían á un cuerpo de caballería poco numeroso al mando de Lambert, suficiente para vigilar y entorpecer á los escoceses, pero no para atacarlos.

(1) Carlyle, parte II, página 264.

Durante los meses de mayo y junio, las esperanzas de los caballeros se acrecentaron. Una carta de Cromwell á Fairfax, fechada el 28 de junio, expresa algunas de sus dificultades.

«Desde que nos hemos situado frente á esta plaza (Pembroke), el país ha promovido dos ó tres insurrecciones y está dispuesto á repetirlas diariamente. Así es que, prescindiendo de esto, siempre hemos de ocupar nuestra caballería para buscar víveres, sin los cuales nos moriríamos de hambre, porque este país es muy pobre y mísero y nosotros no tenemos dinero para abastecernos de provisiones. Verdaderamente es un milagro que hayamos podido conservar nuestra gente en medio de tanta escasez. El alimento diario suele ser generalmente pan y agua (1).»


THE
SOULDIERS
Pocket Bible:
Containing the most (if not all) those places contained in holy Scripture, which doe shew the qualifications of his inner man, that is a fit Souldier to fight the Lords Battels, both before he fight, in the fight, and after the fight;
Which Scriptures are reduced to severall heads, and fitly applyed to the Souldiers severall occasions, and so may supply the want of the whole Bible; which a Souldier cannot conveniently carry about him:
And may bee also usefull for any Christian to meditate upon, now in this miserable time of Warre.
Imprimatur, Edm. Calamy:
Jos. 18. This Book of the Law shall not depart out of thy mouth, but thou shalt meditate therein day and night, that thou maist observe to doe according to all that is written therein, for then thou shalt make thy way prosperous, and have good successe.
Printed at London by G.B. and R.W. for Aug: 3d G.C. 1643.

Portada de la Biblia de bolsillo, de la que cada soldado del ejército de Cromwell llevaba un ejemplar.

El 8 de julio, el ejército escocés, compuesto de 15 á 20.000 hombres, cruzó la frontera. Cromwell, que aún estaba delante de Pembroke, no contaba más que con 6 ó 7.000 soldados andrajosos, sin zapatos y medio muertos de hambre; y seguramente, jamás había parecido tan desesperada la causa de los puritanos; pero en aquellos hombres harapientos se mantenía una resolución inflexible, y sobre todo un *conocimiento de la guerra* que les hacía más formidables de lo que podían imaginar los que juzgaban por las apariencias.

(1) Carlyle, parte IV, carta LXI, pág. 275.